

triste de Antonia, puso con su crispada mano el último luis en el 26.

La jugada se hizo en seguida.

Hoffmann siguió á la bola que rodaba, con una mirada ardiente como si fuera su misma vida la que veía rodar.

De repente se echó para atrás, ocultándose la cabeza entre las manos.

No sólo había perdido, sino que no le quedaba un sueldo siquiera ni en el bolsillo, ni en su casa.

Una mujer que un minuto antes se hubiera entregado en cuerpo y alma por veinte francos, lanzó un tremendo grito de alegría y recogió un puñado de oro que acababa de ganar.

Hoffmann hubiera dado diez años de vida por un luis de los de aquella mujer.

Rápidamente y sin reflexionarlo siquiera, hizo un movimiento, registró sus bolsillos, y se tocó por todas partes para no tener la menor duda de lo que le pasaba.

Los bolsillos estaban vacíos; pero sintió una cosa redonda de la forma de un escudo en el pecho y la cogió con violencia.

Era el medallón de Antonia, del que ya no se acordaba.

— ¡ Me he salvado ! gritó ; y arrojó el medallón de oro sobre el núm. 26.

XIX

El Medallón

El testafarro tomó el medallón de oro y lo examinó : — Caballero, dijo á Hoffmann (porque en el número 113 se decía todavía la palabra caballero) id á venderlo si gustáis y jugad con monedas, porque, lo repito, no admitimos más que oro ó plata amonedados.

Hoffmann tomó el medallón y sin pronunciar una palabra, dejó la sala del juego.

En el tiempo que tardó en bajar la escalera zumbaron á su alrededor muchos pensamientos, consejos y presentimientos, pero se hizo sordo á tantos rumores vagos y entró rápidamente en casa del cambista.

El buen hombre estaba leyendo, sentado cómodamente en su ancha butaca de cuero, con las gafas puestas en la punta de la nariz, alumbrado por una lámpara de suaves rayos á los que se unían los amarillos reflejos de las monedas de oro tendidas en sus barreños de cobre, y metido en un enrejado de alambre, guarnecido de cortinillas de seda y adornado á la altura de la mesa, con una ventanilla, por donde no podía pasar más que la mano.

Hoffmann jamás había visto el oro con tanta admiración.

Abria los maravillados ojos como si en ellos hubiera dado un rayo de sol. á pesar de que acababa de ver en el juego mucho más oro que el que allí había; porque aquel oro, filosóficamente hablando, no era lo mismo. Había entre el oro rápido, ruidoso y agitado del número

113 y el oro tranquilo, grave y mudo del cambista, la misma diferencia que entre los charlatanes pomposos y faltos de ingenio y los pensadores llenos de meditación. Nada bueno se puede hacer con el oro de la rolina ó de las cartas, porque no pertenece al que lo posee, sino que el que lo posee le pertenece á él. Sale de un manantial corrompido y debe caminar á un fin impuro: tiene la vida en sí, pero es la mala vida, y se apresura á irse como ha venido: no aconseja más que el vicio, ni hace el bien, cuando lo hace, sino á pesar suyo; inspira deseos mil veces mayores que los que puede satisfacer, y cuando se le alcanza y posee, parece como que disminuye su valor; en una palabra, el dinero del juego, que se gane ó se desee, que se pierda ó se recoja, tiene siempre un valor ficticio. Ocasiones hay en que un montón de oro nada representa, y otras en que una sola moneda tiene en sí la vida entera de un hombre; pero el oro del cambista, el que venía á buscar Hoffmann en casa de su compatriota, vale realmente el precio que lleva encima; no sale de su prisión de cobre sino por un valor igual ó mayor que el suyo, no se prostituye al pasar, como una mujer pública sin pudor, sin preferencia y sin amor, de las manos de un hombre á las de otro; se estima á sí mismo, y aun cuando puede corromperse al salir de la casa del cambista y frecuentar las malas sociedades, como hacía antes de venir á su poder, mientras que permanece en él, es muy respetable y digno de consideración. Es la imagen de la necesidad; no la imagen del capricho. Se adquiere; no se gana: no se echa por montones como si fueran fichas, sino que se cuenta metódica y lentamente moneda por moneda, con todo el respeto que le es debido. Es silencioso y en ello estriba toda su elocuencia. Hoffmann, en quien las reflexiones pasaban al vuelo, hizo esta misma comparación y temió que el cambista se negase á darle oro á cuenta del medallón, y

le pareció necesario, aun cuando perdiera algún tiempo, valerse de perifrasis y circunlocuciones para conseguir lo que quería, tanto más cuanto que no iba á proponer un negocio sino á pedir un favor.

— Caballero, le dijo; soy quien vino hace poco á cambiar unas monedas alemanas.

— Sí, señor: os he conocido, respondió el cambista.

— ¿Sois alemán, caballero?

— Soy de Heidelberg.

— Allí hice yo mis estudios.

— ¿Qué ciudad tan hermosa!

— En efecto.

Herviale á Hoffmann la sangre y le parecía que por cada minuto empleado en aquel diálogo insustancial perdía un año de vida.

Continuó, pues, sonriéndose:

— He creído que á título de compatriota tendríais la bondad de hacerme un favor.

— ¿Y es? preguntó el cambista, cuyo rostro se puso algo ceñudo; porque los cambistas son como las hormigas en esto de prestar.

— Que me prestéis tres luisas sobre este medallón.

Y Hoffmann entregó el medallón al comerciante, quien lo puso en una balanza y lo pesó.

— ¿No valdría más que lo vendierais? le preguntó.

— ¡Oh! no, exclamó Hoffmann, no; harto hago con empeñarlo: os ruego, caballero, que si me hacéis este favor, me guardéis el medallón con mucho cuidado, porque lo quiero más que á mi vida, y vendré á recogerlo mañana: sólo una circunstancia como la en que me encuentro podría hacerme dar este paso.

— Pues entonces os prestaré los tres luisas, caballero.

Y el cambista con mucha gravedad tomó tres luisas y los puso en fila delante de Hoffmann.

— ¡Gracias, caballero, mil gracias! exclamó nuestro poeta, y cogiendo las tres monedas, desapareció.

El cambista continuó leyendo, después de haber guardado el medallón en una esquina del cajón de la mesa: de cierto no se le hubiera ocurrido arriesgar su oro en el número 113.

El jugador se halla tan expuesto á ser sacrilego que Hoffmann al poner la primera moneda en el número 26, pues no quería arriesgarlas sino una á una, pronunció el nombre de Antonia.

Mientras la bola estuvo dando vueltas, Hoffmann no experimentó emoción alguna, porque una voz secreta le decía que iba á ganar.

— El 26 salió.

Hoffmann, loco de alegría, recogió treinta y seis luises.

Lo primero que hizo fué guardarse tres para rescatar el medallón de su amada, á cuyo nombre debía la ganancia: dejó treinta y tres en el número, éste volvió á salir y ganó treinta y seis veces treinta y tres, ó sean mil ciento ochenta y ocho luises, los que suman más de veinticinco mil francos.

Hoffmann entonces, metiendo las manos en aquel Paquetito sólido y tomando á puñados, jugó al acaso, entusiasmado y frenético: á cada jugada, se aumentaba su ganancia, como si fuera una montaña salida repentinamente del fondo del mar.

Echábase el oro en los bolsillos, en la casaca, en el chaleco, en el sombrero, en la mesa, en todas partes: el oro corría hacia él como la sangre de una ancha herida. Había llegado á ser el Júpiter de todas las Danaes presentes, y el cajero de todos los jugadores desgraciados.

De este modo ganó al pie de veinte mil francos.

Finalmente, recogiendo todo el oro que tenía delante, cuando creyó tener el suficiente, salió, dejando llenos de

admiración y envidia á cuantos allí se hallaban, y echó á correr hacia la casa de Arsenia.

Era la una de la madrugada, pero no le daba cuidado.

Con semejante cantidad le parecía que podía ir á todas las horas de la noche y que siempre sería bien recibido.

Se regocijaba con la idea de cubrir con oro el hermoso cuerpo que había visto desnudo y que habiéndose quedado como si fuera de mármol ante su amor, se animaría ante su riqueza, como la estatua de Prometeo cuando halló su verdadera alma.

Iba á entrar en casa de Arsenia, á vaciar allí sus bolsillos, á decirle: ¡Ámame! y después volvería á partir al día siguiente para escapar, si le era posible, del recuerdo de aquel sueño instenso y fervoroso.

Llamó á la puerta de Arsenia, como si fuera el amo de la casa; le abrieron, y se adelantó hacia la escalera.

— ¿Quién va? preguntó el portero.

Hoffmann no respondió.

— ¿Adónde vais, ciudadano? repitió aquél saliendo de su cuarto.

En aquel tiempo se cuidaba mucho de saber quién salía, y más aún quién entraba.

— Voy á casa de Madlle. Arsenia, respondió Hoffmann, echando al portero tres ó cuatro luises, por los que hubiera dado hasta su alma algunas horas antes.

Este modo de explicarse le gustó mucho al oficioso.

— Ya no vive aquí Madlle. Arsenia, caballero; respondió el portero creyendo que se le debía dar este tratamiento á quien tenía una mano tan abierta: el hombre que pide puede decir, ciudadano; pero el que recibe debe de decir siempre, caballero.

— ¡Pues qué! exclamó Hoffmann, ¿no vive ya aquí?

— No, señor.

— Querréis decir más bien que no ha vuelto aún.

— Quiero decir que no volverá.

— ¿Pues en dónde está?

— No sé.

— ¡Dios mío! ¡Dios mío! exclamó Hoffmann, y se puso las manos en la cabeza como para detener la marcha de su juicio. Todo lo que le pasaba de algún tiempo á aquella parte, era tan raro que á cada instante decía: Ahora sin duda me vuelvo loco.

— ¿Pues no sabéis la noticia que corre? repuso el portero.

— ¿Qué noticia?

— Que Dantón está preso.

— ¿Y cuándo lo prendieron?

— Ayer, Robespierre es quien lo ha hecho: ¡qué gran hombre es Robespierre!

— ¿Y qué más?

— Que Madlle. Arsenia se ha visto precisada á ponerse en salvo, porque en su cualidad de querida de Dantón, podía verse metida en el lance.

— Justamente. ¿Y qué es lo que ha hecho?

— Lo que hace uno cuando teme que le corten la cabeza; echar á correr.

Gracias, amigo mío, gracias, le dijo Hoffmann, y desapareció después de haber dejado algunas monedas más en las manos del portero.

— Hoffmann al verse otra vez en la calle no pudo menos de preguntarse para qué le serviría ya todo su oro, y qué haría; pues, como es fácil de calcular, ni se le ocurría que pudiera hallar á Arsenia, ni pensaba en volverse á su casa, ni se acordaba de buscar descanso.

Echó, pues, á andar camino adelante, adonde le llevasen sus pies, y haciendo resonar en el pavimento los talones de sus botas.

La noche estaba fría y los árboles deshojados temblaban al impulso del aire de la noche, como si fueran

enfermos delirantes que hubiesen abandonado sus lechos y cuyos descarnados miembros agitase la fiebre.

La escarcha azotaba el rostro de los paseantes nocturnos, y apenas agujereaba la sombra de vez en cuando alguna ventana alumbrada, en las casas que confundían su bulto con el espacio denso y sombrío.

Aquel aire frío le sentaba bien, sin embargo. Su alma se consumía poco á poco en tan rápida carrera, y si se puede decir así, su efervescencia moral se volatilizaba. Desde luego, si hubiera entrado en una habitación se hubiera ahogado, y además, podía suceder que en su paseo nocturno tropezase con Arsenia, y que ésta al ponerse en salvo hubiese tomado el mismo camino que él al salir de su casa.

Así pensando recorrió el bulevar, atravesó la calle Real, levantó la cabeza y se detuvo al ver que iba hacia la plaza de la Revolución, plaza que había jurado no volver á pisar.

Aun cuando el cielo estaba sombrío, vió un bulto más sombrío aún, que se destacaba del horizonte, negro como la tinta: era la asquerosa máquina cuya boca, húmeda de sangre, secaba el viento de la noche, y que dormía esperando su ración cotidiana.

Hoffmann no quería ver esta plaza de día; no quería hallarse allí, porque allí corría sangre; pero de noche no era lo mismo; tenía nuestro poeta, en quien velaba siempre y á pesar de todo el instinto poético, tenía decimos, gran deseo de ver, de tocar con el dedo, en medio del silencio y de la sombra, el siniestro tablado, cuya sangrienta imagen aterraria en aquel momento á muchos espíritus.

¡Qué mejor contraste para quien salía de la casa de juego, que aquella plaza desierta, cuyo huésped eterno era el cadalso! ¡Después del espectáculo de la vida ardiente sorprendida en sus más apasionados arrebatos,

y en sus más grandes abusos, no había nada como el espectáculo de la muerte, el abandono y la insensibilidad!

Hoffmann se acercaba, pues, hacia la guillotina, como si le llevase una atracción magnética.

De repente, y casi sin saber cómo, se halló en frente de ella.

El viento silbaba en las planchas.

Hoffmann se cruzó las manos sobre el pecho y miró.

¡Cuántas ideas pasarían por la cabeza de aquel hombre, que teniendo los bolsillos henchidos de oro, y habiendo contado con pasar una noche voluptuosa, pasaba solitariamente esa misma noche delante del cadalso!

Pero le pareció que un quejido humano se había mezclado con los quejidos del viento: adelantó la cabeza y aplicó el oído.

El quejido se renovó y no venía de lejos, sino de sus mismos pies.

Hoffmann miró á su alrededor y no vio á nadie.

Sin embargo, llegó á sus oídos otro gemido más.

— Parece voz de mujer, murmuró: cualquiera diría que sale de debajo del cadalso.

Y agachándose entonces para ver mejor, empezó á dar vueltas alrededor de la guillotina, y al pasar por delante de la escalera, tropezó, tendió los brazos y tocó un bulto que estaba en las primeras gradas del patíbulo; era una mujer vestida de negro.

— ¿Quién sois? le preguntó.

Y se arrodilló al mismo tiempo para verle el rostro.

Pero ella no se movía: tenía los codos en las rodillas, y la cabeza entre las manos.

— Á pesar del frío de la noche, estaba con los hombros desnudos, y Hoffmann observó una línea negra que rodeaba se blanca garganta.

Esta línea era un collar de terciopelo.

— ¡Arsenia! gritó.

— ¡Eso es! sí, Arsenia; murmuró con extraño acento aquella mujer, levantando la cabeza y mirando á Hoffmann.

XX

Un hotel de la calle de Saint-Honoré

Hoffmann retrocedió espantado, pues á pesar de la voz y del rostro, dudaba todavía; pero Arsenia, al levantar la cabeza dejó caer sus manos sobre sus rodillas, y alzando la garganta dejó ver la joya de diamantes que unía los dos extremos de su collar de terciopelo y que brillaba en la oscuridad!

— ¡Arsenia! ¡Arsenia! repitió Hoffmann.

Arsenia se levantó.

— ¿Qué hacéis aquí á estas horas? preguntó á la joven: ¿Cómo estáis con ese traje negro, y con los hombros desnudos?

— Ayer lo prendieron; también me han querido prender á mí, y salí tal como estaba, y esta noche á las once he vuelto á salir, porque me parecía pequeña la habitación, y la cama fría, y me he venido aquí.

Pronunciaba Arsenia estas palabras con un acento irregular; sin gestos y sin inflexiones; salían de unos labios pálidos, que se abrían y cerraban como por resorte: parecía, en fin, que quien hablaba era un autó-mata.

— Pero no podéis quedaros aquí, replicó Hoffmann.

— ¿Y adónde he de ir? No quiero volver al sitio de donde he salido, sino lo más tarde posible: he tenido mucho frío.

— Pues venid conmigo.

— ¡ Con vos ! exclamó Arsenia.

Y le pareció al joven que de aquellos ojos sombríos y al resplandor de las estrellas, salía y caía sobre él una mirada desdeñosa, semejante á la que tanto le había lastimado en el gabinete de la calle de Hanovre.

— Soy rico; tengo oro, exclamó Hoffmann.

Los ojos de la bailarina arrojaron llamas.

— Vamos, dijo, ¿ pero adónde ?

— ¡ Adónde !

En efecto, ¿ adónde llevaría Hoffmann á aquella mujer lujosa y sensual, que al salir de los palacios mágicos y jardines encantados del teatro de la Ópera, estaba acostumbada á hollar tapices de Persia y á revolcarse en cachemires de la India? Ciertamente que no podía llevarla á su cuarto estudiantil, en donde hubiera estado tan ahogada y tenido tanto frío, como en la habitación desconocida de que acababa de hablar, y á la que tan tarde quería volver.

— ¿ Adónde, en efecto? preguntó Hoffmann, yo no conozco á Paris.

— Yo os guiaré, dijo Arsenia.

— ¡ Oh ! sí, sí, exclamó el pintor.

— Seguidme, dijo la joven.

Y con un paso automático y estirado, que nada tenía de común con la arrebatadora flexibilidad que Hoffmann había admirado en la bailarina, echó á andar delante de él, á quien ni aun se le ocurrió ofrecerle el brazo, sino irse detrás.

Arsenia tomó por la calle Real que entonces se lla-

maba de la Revolución, volvió á la derecha, entró en la de Saint-Honoré, conocida entonces solamente por Honoré, y llamó á la puerta de un hotel que tenía magnífico aspecto.

La puerta se abrió al punto.

El portero miró con admiración á Arsenia.

— Hablad, le dijo al joven, porque sino, no me dejarán entrar y me veré en la precisión de volverme á sentar en la guillotina.

— Amigo mío, dijo en seguida Hoffmann pasando por entre Arsenia y el portero; al atravesar los Campos Eliseos, oí pedir socorro y llegué á tiempo oportuno para impedir que mataran á esta señora, pero sobrado tarde para estorbar que la robaran. Dadme la mejor habitación que tengáis y mandad que enciendan una buena lumbre y que sirvan una cena abundante. Este luis es para vos.

Y echó un luis sobre la mesa en que estaba la lámpara, cuyos rayos se encontraron al parecer en el reflejante rostro de Luis XV.

Un luis era gran cantidad entonces, porque representaba 925 francos en asignados.

El portero se quitó su grasiento gorro y tiró de la campanilla: inmediatamente vino un mozo.

— ¡ Pronto ! ¡ pronto ! La habitación mejor de la casa para este caballero y esta señora.

— ¡ Caballero y señora ! repitió el mozo admirado, mirando alternativamente el vestido más que sencillo de Hoffmann, y el más que ligero de Arsenia.

— Sí, dijo Hoffmann, la mejor, la más hermosa; y cuidado que esté bien abrigada y alumbrada. Aquí tenéis un luis para vos.

El criado sufrió la misma influencia que el portero, se inclinó ante el luis y mostrando una gran escalera, alumbrada solamente á medias, á causa de lo avanzado de la

hora, pero sobre cuyos escalones estaba tendido un tapiz, dijo:

— Subid y esperad á la puerta del número 3.

Y desapareció corriendo.

Arsenia se detuvo en el primer escalón.

Parecía que experimentaba la ligera sílfide una dificultad invencible para levantar el pie: cualquiera hubiera dicho que sus zapatos de satén tenían suelas de plomo.

Hoffmann le ofreció el brazo: Arsenia lo tomó, y aunque él no sintió la presión, sintió que el cuerpo de la bailarina le comunicaba su frío al suyo.

Después subió Arsenia con un violento esfuerzo el primer escalón y sucesivamente los otros; pero cada uno le arrancaba un suspiro.

— ¡ Oh! ¡ pobre mujer! murmuró Hoffmann, ¡ cuánto habréis sufrido!

— ¡ Oh! si, respondió Arsenia, he sufrido mucho, mucho!.....

Llegaron á la puerta núm. 3, y casi al mismo tiempo que ellos, llegó el criado con un gran brasero, abrió la puerta de la habitación, y un instante después llameaba la chimenea y ardían las bujías.

— ¡ Tenéis apetito? preguntó Hoffmann.

— No sé, respondió Arsenia.

— Mozo, la mejor cena que podáis dar, dijo Hoffmann.

— Caballero, notó el criado, no se dice *mozo*, sino *oficioso*. Por lo demás, pagáis tan bien que podéis decir lo que se os antoje.

Y alegre por haber hallado este chiste, salió diciendo:

— La cena dentro de cinco minutos.

El oficioso dejó cerrada la puerta, y Hoffmann echó una ávida mirada sobre Arsenia.

Habia tenido tanta prisa por acercarse al fuego, que, sin detenerse en aproximar un sillón á la chimenea, se

había sentado junto á ella en la misma posición en que la había allado Hoffmann junto á la guillotina, y allí con los codos en las rodillas, parecía ocupada en mantener con sus dos manos su cabeza derecha sobre sus hombros.

— ¡ Arsenia! ¡ Arsenia! dijo el joven; te he dicho ya que soy rico, ¿ no es verdad? Mira, y verás que no he mentido.

Hoffmann empezó por vaciar el sombrero sobre la mesa: el sombrero estaba lleno de luises sencillos y dobles, y corrieron del sombrero al mármol, haciendo ese ruido tan notable y tan fácil de distinguir de entre los demás ruidos.

Después vació sus bolsillos, y, uno tras otro, sus bolsillos vertieron el inmenso botín que acababan de hacer en el juego.

Al ruido del oro pareció como que se reanimaba Arsenia; volvió la cabeza, y pareció también que la vista completaba la resurrección comenzada por el oído.

Se levantó, siempre estirada y quieta; pero sonreían sus pálidos labios y se iluminaban sus vidriados ojos y lanzaban rayos que se encontraban con los reflejos del oro.

— ¡ Oh! dijo; ¿ es tuyo todo eso?

— No, no es mío; es tuyo, Arsenia.

— ¡ Mío! exclamó la bailarina.

Y hundió en el montón sus pálidas manos, y sus brazos desaparecieron hasta el codo.

Entonces pareció que aquella mujer para quien el oro había sido la vida, recobraba la vida al contacto del oro.

— ¡ Mío! decía, ¡ mío! y pronunciaba esta palabra con un acento vibrante y metálico que consonaba extraordinariamente con el sonido de los luises.

Dos criados entraron con una mesa en que estaba

servida la cena, mesa que estuvieron á punto de dejar caer, al ver aquel montón de riquezas que petrificaban las crispadas manos de la joven.

— Está bien, dijo Hoffmann, traednos vino de Champagne y dejadnos solos.

Los mozos obedecieron.

Hoffmann encajó bien la puerta y echó el cerrojo.

Y después, con los ojos ardientes por el deseo, se acercó á Arsenia, que estaba junto á la mesa y seguía bebiendo la vida no en la fuente de Juvencio, sino en el manantial del Pactolo.

— ¿Qué te parece? le preguntó.

— ¡ Hermoso es el oro ! le contestó ; ya hacía mucho tiempo que no lo tocaba.

— Vamos, ven á cenar, y después Dánae, si quieres, te bañará en el oro á tu gusto.

Y la llevó á la mesa.

— Tengo frío, dijo ella.

Hoffmann miró á su alrededor : las ventanas y la cama estaban colgadas de damasco encarnado : arrancó una cortina de la ventana y se la dió á Arsenia.

Ésta se envolvió en la cortina ó más bien la cortina la envolvió como un manto antiguo, y junto aquel lienzo encarnado resaltó doblemente la palidez de su rostro.

Hoffmann casi tenía miedo.

Se acercó á la mesa y bebió dos ó tres copas de Champagne. Entonces le pareció que tomaban color las mejillas de Arsenia.

Le echó vino y ella bebió.

Después la invitó á que comiera ; pero ella no quiso, y viendo que insistía, le dijo :

— No podría tragar.

— Pues bebamos.

— Bebamos.

Hoffmann tenía hambre y sed ; bebió y comió.

Pero sobre todo bebió ; conoció que necesitaba osadía, no porque Arsenia estuviese dispuesta á resistirsele ni por la fuerza ni por el desdén, sino porque manaba hielo el cuerpo de la hermosa convidada.

Le parecía que, mientras más bebía, más se animaba Arsenia, sólo que cuando bebía ella salían algunas gotas sonrosadas de la parte inferior del collar de terciopelo y rodaban hasta su pecho. Hoffmann miraba aquello sin comprenderlo, y luego notando que tenía algo de misterioso, combatía sus estremecimientos interiores con brindis y más brindis, dirigidos á los hermosos ojos, á la linda boca y á las bellas manos de la bailarina.

Ésta aceptaba aquellos brindis bebiendo tanto como él y animándose, al parecer, no con el vino que bebía, sino con el vino que bebía Hoffmann.

De repente un ascua se apartó de la lumbre.

Hoffmann siguió su dirección con la vista, y vió que no dejó de rodar hasta llegar al pie desnudo de Arsenia.

Sin duda para calentarse, Arsenia se había quitado medias y zapatos, y sus pies, no menos blancos que el mármol, descansaban en el mismo suelo de la chimenea.

Hoffmann dió un grito.

¡ Arsenia ! ¡ Arsenia ! ¡ tened cuidado !

— ¿ Con qué ? preguntó la bailarina.

— Ese tizón... ese tizón que se acerca á vuestro pie.

Y en efecto, el tizón cubría la mitad del pie de Arsenia.

— Quitadlo, dijo ella tranquilamente.

Hoffmann se inclinó, quitó el tizón y vió con espanto, no que el ascua había quemado el pie, sino que el pie había apagado el ascua.

— Bebamos, dijo.

— ¡ Bebamos ! repitió Arsenia.

Y alargó su brazo con la copa.

Se apuró la segunda botella.

Hoffmann veía sin embargo que no le bastaba con la embriaguez del vino.

Notó que había allí un piano.

— ¡ Bueno ! exclamó. Había comprendido que tenía un recurso en la embriaguez de la música, y se lanzó al piano.

Bajo sus dedos nació naturalmente la música con que Arsenia bailaba en el *Juicio de París*, cuando él la vió por primera vez : sólo que las teclas del piano le parecían de acero y el instrumento producía el ruido de una orquesta entera.

— ¡ Hola ! exclamó Hoffmann ; ¡ sea enhorabuena !

Acababa de hallar en aquel ruido la embriaguez que buscaba. Arsenia se levantó á los primeros compases, pero no parecía sino que habían envuelto su cuerpo con una red.

Echó á un lado la cortina de damaseo encarnado, y ¡ cosa rara ! como se verifica en el teatro un cambio mágico sin que se sepa por qué medio, así se verificó en ella, y en lugar de su vestido negro y de sus hombros desnudos, apareció con el vestido de Flora, todo lleno de flores, vaporoso con las gasas, y haciendo estremecer de voluptuosidad.

Hoffmann lanzó una exclamación, y después duplicando su energía, hizo salir una fuerza y vigor infernal del interior del clave.

Aquel espectáculo turbó el espíritu del joven alemán, pues la animación gradual de Arsenia obraba sobre él con una atracción irresistible : había tomado por teatro toda la distancia que había desde el piano hasta la alcoba, y se destacaba del fondo encarnado de las cortinas como una aparición del infierno ; cada vez que se aproximaba á Hoffmann, se levantaba éste de su silla ; y cada vez que se apartaba de él, tenía impulsos de seguirla. En fin, sin comprender el cómo, variaba de música, y sin querer

estaba tocando un wals ; este wals era el *Deseo* de Beethoven, wals que se había colocado entre sus dedos como si fuera expresión de su propio pensamiento. Arsenia también había variado de baile y empezó por dar vueltas en un mismo sitio y después fué describiendo un círculo y luego haciéndolo mayor y acercándose á Hoffmann : él, jadeando la sentía llegar, la sentía acercarse ; adivinaba que en el último círculo le tocaría y que entonces tendría sin remedio que levantarse y tomar parte en aquel wals ardiente. Esto era para él á un mismo tiempo motivo de deseo y de espanto. Finalmente, Arsenia al pasar tendió la mano y le tocó ligeramente con la punta de los dedos. Hoffmann dió un grito, saltó, como si le hubiera tocado la chispa eléctrica, corrió detrás de la bailarina, la alcanzó, y la enlazó con sus brazos, continuando en su pensamiento la música interrumpida en realidad, estrechando en su pecho aquel cuerpo que había recobrado toda su elasticidad, bebiendo las miradas de sus ojos y el soplo de su boca, devorando con sus ansias su garganta, sus hombros y sus brazos, y dando vueltas no ya en un aire fácil de respirar, sino en una atmósfera humeante que, penetrando en el pecho de ambos valsadores, acabó por arrojarlos, jadeantes y en el desfallecimiento del delirio, sobre el lecho que los esperaba.

Cuando Hoffmann se despertó al día siguiente, un pálido rayo del sol de invierno en París acababa de penetrar por la ventana sin cortina y llegaba hasta la cama. Miró á su alrededor sin saber en dónde estaba, y sintió que tenía un gran peso en el brazo izquierdo : inclinóse hacia aquel lado cuyo entorpecimiento le llegaba casi al corazón, y vió acostada á su lado, no ya á la hermosa bailarina de la Ópera, sino á la pálida joven de la plaza de la Revolución.

Entonces se acordó de todo : sacó el brazo de debajo

de aquel cuerpo que permanecía inmóvil, cogió un candelabro, en que ardían aún cinco bujías, y al doble resplandor del sol y de las bujías, vió á Arsenia pálida, sin movimiento y con los ojos cerrados.

Lo primero que se le ocurrió fué que habia podido más la fatiga que el amor, el deseo y la voluntad, y que la joven se habia desmayado. Tomó una de sus manos: sus manos estaban heladas; buscó los latidos de su corazón no latía.

Entonces atravesó por su espíritu una idea horrible; se colgó al cordón de una campanilla, rompiéndolo entre sus manos, y luego, corriendo hacia la puerta, la abrió y se arrojó á la escalera gritando:

— ¡Auxilio! ¡socorro!

Un hombrecillo vestido de negro subía lentamente por la misma escalera que bajaba Hoffmann: aquél levantó la cabeza y éste lanzó un grito, porque acababa de reconocer en él al médico del teatro de la Ópera.

— ¡Hola! ¿sois vos, caballero? le dijo el doctor averlo; ¿qué ocurre? ¿por qué dais esos gritos?

— ¡Oh! venid, venid, dijo Hoffmann, sin tomarse la molestia de explicar al médico lo que deseaba, y esperando que el rostro inanimado de Arsenia le dijese mucho más que sus palabras. ¡Venid!

Y lo llevó á la habitación.

Después empujándole hacia la cama con una mano mientras que cogía con la otra un candelabro, y aproximando éste al rostro de Arsenia:

— ¡Mirad, le dijo; mirad!

Pero el médico en lugar de espantarse repuso:

— ¡Habéis hecho bien, habéis hecho bien en reclamar ese cuerpo para que no se pudra en la fosa común! ¡muy bien, joven, muy bien!

— Ese cuerpo... murmuró Hoffmann, reclamar... fosa común... ¿qué me queréis decir? ¡Dios mío!

— Digo que nuestra pobre Arsenia, á quien prendieron ayer á las ocho de la mañana, fué sentenciada á las dos de la tarde, y ejecutada á las cuatro.

Hoffmann creyó que se volvía loco: cogió al doctor por la garganta, y gritó ahogándole casi:

— ¡Ejecutada ayer á las cuatro! ¡Arsenia!

Y soltó una carcajada; pero tan extraña, tan larga, tan estridente y tan fuera de todas las modulaciones de la risa humana, que el doctor fijó en él los ojos casi des-pavoridos.

— ¿Lo dudáis? le preguntó.

— ¿Cómo que si lo dudo? Ya lo creo, exclamó Hoffmann: como que he cenado, valsado y dormido esta noche con ella.

— Pues entonces este es un caso extraño y lo consignaré así en los anales de la medicina, dijo el doctor: ¿por supuesto que vos firmaréis en el proceso verbal?

— Yo no puedo firmar eso: al contrario, desmiento; os digo que es imposible; os digo que no es verdad!

— ¡Hola! ¿conque decís que no es verdad? replicó el doctor; y me lo decís á mí que soy el médico de las cárceles; á mí que he hecho cuanto he podido por salvarla y no lo he conseguido; á mí que me he despedido de ella al pie de la carreta: ¿decís que no es verdad? ¡pues esperad!

Y el médico extendió el brazo, empujó el resorte de diamante que servía de broche al collar de terciopelo, y tiró del collar.

Hoffmann dió un grito terrible. La cabeza, no viéndose ya sostenida por el lazo que la unía á los hombros, rodó de la cama al suelo y no se detuvo hasta que llegó al pie de Hoffmann, como no se habia detenido el tizón hasta llegar al pie de Arsenia.

El joven dió un brinco hacia atrás y echó á correr por la escalera, gritando :

— ¡ Estoy loco ! ¡ Estoy loco !

XXI

Un hotel de la Calle de Saint-Honoré

La exclamación de Hoffmann, nada tenía de exagerada : la endeble pared que separa á la imaginación de la locura y que en todo poeta, que abusa de sus facultades cerebrales, parece pronta á romperse, crujía en su cabeza con el ruido de un muro que se cuarteaba.

En aquella época no se corría mucho tiempo por las calles de París, sin decir por qué se corría ; los parisien- ses se habían hecho muy curiosos en el año de gracia de 1793, y cuantas veces veían á un hombre corriendo, lo detenían para saber detrás de quién corría, ó quién corría detrás de él.

Detuvieron, pues, á Hoffmann enfrente de la iglesia de la Asunción, convertida entonces en cuerpo de guardia, y lo llevaron al comandante del puesto militar.

Allí comprendió Hoffmann el riesgo en que se hallaba ; unos lo tenían por aristócrata que se daba prisa por llegar más pronto á la frontera ; otros gritaban : ¡ Á ese ! que es agente de Pitt y de Cobourg. Algunos decían : ¡ Á la farola ! lo que nada tenía de bueno ; otros : ¡ Al tribunal revolucionario ! lo que era todavía peor. Algunos

escapaban de la farola, como el abate de Maury ; pero del tribunal revolucionario no se escapaba nunca.

Hoffmann quiso explicar todo lo que le había pasado desde la noche anterior : contó que había jugado y ganado : cómo había ido á la calle de Hanovre con los bolsillos llenos de oro ; cómo se había encontrado sin la mujer que iba buscando ; cómo había recorrido las calles de París, bajo el imperio de la pasión que lo abrasaba ; cómo al pasar por la plaza de la Revolución, había encontrado á la misma mujer sentada al pie de la guillotina ; cómo la había llevado á un hotel de la calle de Saint-Honoré, y cómo después de haber pasado una noche llena de sensaciones embriagadoras, había hallado reposando en sus brazos á una mujer, no sólo muerta, sino también decapitada.

Como nada de esto era probable, apenas se le dió crédito : los fanáticos por la verdad gritaron que era mentira, y los más moderados clamaron que era locura.

Entre tanto no faltó quien hiciera una observación oportuna.

— ¿ Decís que habéis pasado la noche en un hotel de la calle de Saint-Honoré ?

— Sí.

— ¿ Y allí vaciasteis en una mesa el oro de vuestros bolsillos ?

— Sí.

— ¿ Dormisteis allí, y cenasteis con la mujer, cuya cabeza, rodando á vuestros pies, os causó el gran espanto de que aun erais víctima cuando se os prendió ?

— Sí.

— ¡ Pues bien ! Vamos á ese hotel ; probablemente no parecerá el oro ; mas parecerá la mujer.

— Sí, gritaron todos : ¡ vamos ! ¡ vamos !

Hoffmann hubiera preferido no ir ; pero no tuvo más